

EL CIGARRO

- Venía a la consulta del doctor - dijo Rodrigo a la enfermera que le abrió la puerta.
- Espere aquí, por favor - respondió sobriamente la enfermera.
- Buenas tardes - saludó Rodrigo al único ocupante de la sala de espera mientras se quitaba el abrigo.
- Buenas tardes - contestó Juan sin alzar los ojos para ver a quien entraba por la puerta.

La sala de espera del oculista era pequeña. Las cuatro paredes estaban ocupadas por sillones de tela totalmente desgastada por el uso. En el centro, sobre una mesa baja de cristal, los ocupantes encontraban revistas con las que entretener su espera.

Rodrigo se sentó, cruzó las piernas y se puso a inspeccionar a Juan, su acompañante. No paraba de moverse. Tenía una revista apoyada sobre los muslos y daba la impresión de estar leyendo, pero continuamente movía las manos, y no dejaba de rascarse en torno de una venda que le cubría todo el ojo. En opinión de Rodrigo le debían de haber operado hace poco tiempo. Estaría nervioso por el resultado. La carpeta con los apuntes apoyada a su lado, unida a su edad no superior a los treinta años, daba a entender que se trataba de un joven universitario.

Rodrigo, para entretener su mente en algo, comenzó a recordar su época de universitario, tan lejana en el tiempo... ¿Sería posible que hubiesen pasado más de veinte años? ¿Hacía ya tanto tiempo? Le parecía increíble. Pero sí, recordaba con total claridad cómo se piraba de las clases para pasarlas con sus amigos en el bar, jugando a las cartas. Las salidas nocturnas, los ligues, las juergas... Recordaba como si fuera ayer el viaje de fin de carrera a Turquía, tuvieron mucha suerte porque les hizo un clima estupendo: ni frío, ni calor. Calor... ¡qué calor hacía en la sala! De repente, dejó el pasado para sentir el presente. La sala de espera parecía un horno. Afuera, a través del cristal de la ventana, se veía a los viandantes embozados en gruesos abrigos, cubiertos los rostros con bufandas. Pero allí... allí la calefacción la atizaban demasiado. Claro, él se encontraba sentado al lado del radiador.

Levantándose, se fue a sentar en el extremo opuesto. Pero el calor parecía haberse enamorado de él y su atmósfera le siguió. Al mover las manos, al cruzar las piernas, al descruzarlas, al sentarse en el borde de la silla para no apoyar la espalda contra el cálido respaldo, sentía las pastosas caricias del calor. Incluso por un instante se imaginó la atmósfera tan cargada que podía verlo, ahí, enfrente suyo, amenazador. Se quitó el jersey que llevaba, quedándose con una fina camisa, pero la sensación de calor continuaba. Calor, calor, calor...

Bruscamente se puso de pie de un salto. Necesitaba refrescarse como fuera, donde fuese.

- Por favor - preguntó a Juan -, ¿el servicio?

Juan le clavó la mirada con el único ojo que tenía. Rodrigo sintió... ¿odio? No, pero no podía ser pues no se conocían, además la respuesta del joven fue totalmente educada:

- En la entrada, la puerta de la derecha - informó lentamente, como si las palabras le costasen salir de su pecho.

Rodrigo voló, más que corrió, a la puerta indicada. Sabía cuál era, la había visto al entrar. Sin pensarlo un instante, abrió el grifo del agua fría y sumergió la cabeza debajo de él.

- ¡Puf! - suspiró aliviado una vez tuvo empapado todo el pelo.

Aunque la sensación de calor no había desaparecido se encontraba mucho mejor. Incluso llegó a abrirse la camisa y mojarse un poco el cuello. Agradeció el contacto frío del agua con su piel. Un poco

más relajado volvió a la sala de espera. A su acompañante el calor parecía no afectarle demasiado, pues un grueso jersey con cuello de cisne le cubría la mitad superior de su cuerpo.

Rodrigo miró el reloj. Llevaba ya quince minutos esperando.

<<¡Qué informal!>> - pensó de su oculista.

Sabía cómo solían trabajar. Cada diez o quince minutos a lo sumo citaban a una persona, de forma que ellos no tuviesen que esperar nunca por el paciente, sino al revés. No había llegado nadie más, y no llegaría nadie más después de él porque había pedido la consulta a última hora. Todavía tendría que esperar como mínimo quince minutos, en lo que el médico atendiera al joven, sentado a menos de un metro de él. Y quizás más, dependiendo de lo que tardase con el paciente actual. El calor, unido al pensamiento de una larga espera, empezó a agobiarle de nuevo. Sacó un cigarro, el mechero y mientras lo encendía, preguntó:

- ¿Le importa que fume?

- Sí - gruñó Juan con voz agria -. Me molesta el humo. Esto es una sala de espera de un doctor, no una discoteca.

Rodrigo se quedó con el cigarro encendido en la boca, quieto, mudo de asombro. Él había hecho la pregunta por hacerla, por cuestiones fundamentalmente de educación, pero nunca se imaginó que le prohibieran su derecho a fumar. De hecho, tan convencido estaba de que le iban a responder: "No, por favor, fume usted todo lo que quiera", que todo el mundo sabe es la respuesta educada que hay que dar a la pregunta que él había formulado, que había encendido el cigarro antes de hacerla. Mecánicamente, muy asombrado de la mala educación de su acompañante, se quitó el cigarro de los labios, lo apagó en el cenicero con mucho cuidado y lo volvió a guardar en el paquete de tabaco para usarlo más tarde.

Rodrigo alucinaba. ¿Es que la juventud ya no tiene educación? ¿Le prohibían fumar en un lugar público? ¿Pero quién se había creído que era el niño ese? ¿Y con quién pensaba que estaba hablando? Cogió una revista e hizo como si la leyera para disimular su enfado, pero en realidad observaba de reojo a aquel mal educado. El pelo se le había secado y la sensación de ahogo que había tenido al principio volvió a su cuerpo. Necesitaba fumar, aunque solo fueran unas caladas, pero necesitaba fumar. Se imaginaba el sabor del cigarro en sus labios, la sensación de placer que inundaría todo su cuerpo al aspirar la primera bocanada y expirar el humo por su nariz. Parecía un tipo duro cuando lo hacía, se sentía un tipo duro, capaz de dominar a cualquiera, y sentirse superior a cualquiera. Cuando iba a las discotecas, le gustaba apoyarse en la barra con una copa en una mano y en la otra el cigarrillo. Periódicamente se lo llevaba a los labios, dando una calada, mientras entornaba sus ojos y miraba a su alrededor. Se sentía como el protagonista de una película, y sentía cómo todas las chicas le miraban, deseosas, ansiosas de conocerle. Y le miraban a él, que tenía cuarenta y cuatro años y no a niños como el que estaba sentado a su lado. Si tuviera el cigarrillo en sus labios, si tuviera el báculo de su poder, le diría cuatro palabras.

- Por favor - le dijo la enfermera - pasé por aquí.

Rodrigo se sorprendió. ¿Es que ya le tocaba? ¿Pero no iba antes el joven maleducado?

Siguió a la enfermera hasta una sala contigua.

- Siéntese ahí - le pidió la ayudante del oculista.

Rodrigo obedeció, colocando los ojos delante de una máquina.

- Relájese - continuó la enfermera -. Verá una carretera, mire al fondo. No intente ver nada.

Después de unos minutos, la enfermera devolvía a Rodrigo a la sala de espera.

- Por favor, espere aquí - le dijo -. Ya le avisaré cuando sea su turno.

Rodrigo asintió. En su rostro se dibujaba una sonrisa maliciosa. Durante todo ese rato que había estado fuera de la habitación donde se encontraba Juan, había estado pensando, decidiendo que no tenía por qué obedecer a un maleducado. Él tenía derecho de fumar y así lo haría. Después de que la enfermera se fuera, después de sentarse cómodamente en un sillón, sacó tranquilamente el cigarro que momentos antes apagara y mirando a su acompañante, lo encendió.

Juan parecía no enterarse de nada. Su ojo sano ni siquiera se había inmutado cuando Rodrigo regresó a la sala, y su mirada siguió perdida cuando sonó en el silencio de la habitación la chispa que encendiera el cigarro. Viendo que no reaccionaba, Rodrigo sopló el humo en su dirección. Como si un rayo le atravesara Juan despertó de sus ensoñaciones al respirar el olor del tabaco. Su ojo se encendió de ira al comprobar que Rodrigo había encendido el cigarro.

- Por favor - rogó Juan -, ¿podría apagar el cigarro? Como puede ver por mi vendaje me han operado recientemente, y el oculista me aconsejó mantenerme alejado del humo del tabaco.

Mientras hablaba la voz de Juan subía y bajaba alterada. Su rostro pálido adquirió matices rosaceos.

Sin embargo, Rodrigo le ignoró. ¿Pensaba que a él le iba a colar semejante mentira? ¿Tan imbécil pensaba que era? Rodrigo conocía perfectamente a la gente como Juan, capaz de inventarse todo tipo de patrañas con tal de hacer lo que ellos quisieran.

Juan, viendo que no le hacía caso, optó por levantarse. El cuerpo entero le temblaba de ira mientras se incorporaba y salía hacía el pasillo, alejándose del humo. Rodrigo mal interpretó su temblequeo, y consideró que estaba acobardado. Que su fuerte personalidad lo había amedrentado. Y se sentía orgulloso de semejante pensamiento. Con el cigarrillo entre los dientes se sentía de nuevo el amo de todo. Nada ni nadie se le resistiría a su encanto.

<<Niñato mal educado - pensaba -. Si fueras educado a lo mejor no me habría puesto a fumar, pero siendo tan mal educado...>>

Y se regodeaba en semejantes pensamientos. No dejaba de pensar y de asombrarse de lo mal educados que estaban actualmente los jóvenes. ¿A dónde vamos a llegar si a uno ya no le dejan fumar donde quiera? ¡Él era libre y podía hacer lo que él quisiera!

<<Esta gentuza... - seguía pensando - ¡es que necesitan una lección! ¡Son de lo que no hay! ¡No te respetan ni lo más mínimo! Piensan que pueden ir haciendo lo que ellos quieran, prohibiéndote el disfrutar de uno de los derechos más básicos. Es que... ¿a dónde vamos a llegar? ¡Este se va a enterar! ¡Se va a enterar! ¡Va a saber quien soy yo!>>

Rodrigo se levantó, y situándose al lado de Juan, comenzó a echarle todo el humo directamente al ojo vendado. Juan volvió a temblar, apretó los puños, y entró de nuevo en la sala, donde se sentó. Un hilo de sangre le caía de la palma derecha. Rodrigo le siguió y se sentó a su lado.

- ¿Qué es lo que pretende? - preguntó Juan.

- ¿Yo? Nada. Estoy en mi derecho a fumar.

- ¡Y yo en mi derecho a respirar aire puro!

Rodrigo hizo una mueca despreciando las palabras de su acompañante.

Juan estaba harto, harto de los abusos de las personas, cansado de la gentuza como Rodrigo. Él se había ido al descansillo para evitar el humo, ¿por qué le había seguido? ¿por qué no le dejaba en paz? El hombre es social por naturaleza, le habían explicado en clase de filosofía. ¿Social? Molestar a los demás ¿es ser sociable? Estaba harto de los abusos de gente como Rodrigo, harto de sus estúpidas sonrisas.

El tiempo iba pasando lentamente. Rodrigo no dejaba de echar humo por su boca; Juan acariciaba una estatua de unos veinticinco centímetros de altura situada en una pequeña mesilla junto a los sillones. Era una estatua de un guerrero griego semidesnudo. Pasaba los dedos con delicia por su cabeza, notando lo bien esculpido que estaban los cabellos, los ojos, la nariz, los labios. En su opinión solo le faltaba un toque de realismo: ¡qué hermosa quedaría teñida de sangre!

- Pase, por favor - le pidió la enfermera.

Aliviado, Juan abandonó la sala de espera. Diez minutos después salía de la consulta.

- ¿Ha visto lo maleducado que era ese chico? - le preguntó Rodrigo a la enfermera una vez Juan se hubo marchado - ¡La gente ya no tiene educación!

La enfermera escuchaba pacientemente a su cliente mientras le dirigía a la consulta del doctor. Luego volvió a la sala de espera para ordenarla.

- ¿Dónde está la estatua? - preguntó sorprendida al notar su falta.

Juan esperaba en la acera contraria al portal de la consulta del oculista. Llevaba algo grande en la mano. Esta vez tenía que tener cuidado. En la otra ocasión, también en una decisión de derechos, no se había preocupado demasiado y le habían lastimado el ojo. Pero ahora estaba prevenido. No cometería el mismo error dos veces.

Al cabo de unos diez minutos Rodrigo salió del portal situado enfrente de Juan. Éste le siguió mientras sujetaba con más fuerza lo que tenía entre las manos.

Autor: AMLP